

bien, en cierta manera, en mengua del arcángel S. Gabriel, que tanto intervino para su complemento y para ajustar la paz entre el Cielo y la tierra? Este Ángel de paz ¿dejará de llorar amargamente la ligereza y locura de los hombres en abandonar á su Redentor, y no aprovechar de sus méritos, de su ley, de sus Sacramentos y sus gracias, por obedecer á las vanidades del mundo? ¿Dejará de ser un agravio para este espíritu bienaventurado, el que libres ya los hombres del poder del demonio, quieran vivir en su esclavitud, y sin admitir la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria que les trajo con su embajada?

Si queremos, pues, honrar y venerar al arcángel S. Gabriel, si queremos que su alegría sea completa, resolvámonos á apreciar el beneficio de nuestra redencion, á aprovecharnos de este inmenso tesoro, que nos abre las puertas del Cielo, y nos une con Dios y con sus ángeles en la gloria. ¿No tiene Dios un derecho á exigir esta resolucion de nosotros? ¿Hay algun otro á quien debemos tanto y nos pida con justicia más reconocimiento? ¿No lo reclaman tambien nuestro propio interés y felicidad? Así lo ofrecemos, Señor; pero Vos sabéis, que no nos es dado conseguirlo con nuestros esfuerzos; jamás podrá ser nuestra salvacion exclusiva obra de nuestras manos, ni podremos tener valor para resistir á tantos enemigos como se nos oponen en el cumplimiento de vuestra santa ley. Sed Vos, Señor, nuestra ayuda y nuestra proteccion, nuestro declarado defensor, y así no temeremos á nuestras pasiones, que están siempre dispuestas á despedazarlas.

Y vos, glorioso arcángel S. Gabriel, elegido entre todos los espiritus bienaventurados, para traer la grata nueva del misterio inefable de la Encarnacion del Hijo de Dios y nuestra reparacion, haced que, ya que fuisteis nuestro mediador é intercesor en la tierra, experimentemos la dulce proteccion que podeis dispensarnos desde el Cielo, para que purificados con la sangre de Jesús, precio de nuestra redencion, tengamos la dicha de cantarle en vuestra compañía y de todos los Ángeles y Santos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. *Amén.*

---

## PANEGÍRICO DEL BEATO GASPAR DE BONO.

---

*Vilior flam plus quam factus sum, et ero  
humilis in oculis meis.*

Yo me abatiré mas de lo que he hecho, y  
seré despreciable á los ojos míos.

(II Reg. vi, 22.)

No extrañéis, hermanos míos, que habiendo plantado en la Iglesia Francisco de Paula el ameno y frondoso jardin de su Religion Minima, produzca ésta frutos sazonados de virtud, que al paso que la hacen adelantar entre las otras majestuosamente, acreditan la destreza y cuidado del jardinero que la plantó. Es sin duda un efecto de la particular predileccion del Todopoderoso la santificacion de sus escogidos; pero, así como los rayos del sol fertilizan en abundancia las tierras feraces y de esmerada labor, así no es de admirar, que la gracia de Jesucristo se muestre triunfadora en los miembros que componen la gran familia de Francisco de Paula. Testigos son de esta verdad los Moreles, los Vedastos, los Barbudos, los Longobardis, y otros innumerables varones, cuya sabiduría y santidad, juntamente con la observancia rigurosa de su instituto, les merecieron un lugar distinguido en los anales de la historia, y el aplauso universal de todo el órbe cristiano. Ello es, amados míos, que un campo todo de humildad no podía ménos de producir árboles tan altos y frondosos.

Con esa larga série de personajes que pueden presentarse con pompa á la faz del universo, has confundido ¡oh Francisco! á los que haciendo gala de su impiedad, quieren borrar enteramente de nuestros corazones los sentimientos de la augusta religion que profesamos, zahiriendo, primeramente, con sus lenguas maldicientes los venerables institutos que le sirven de apoyo y de adorno. Desgracia funesta para los censores de los institutos religiosos, que al mismo tiempo en que con invectivas maliciosas procuran denigrar los establecimientos más útiles que han conocido los siglos, la providencia

del Eterno contrapone á sus p rdidos juicios infinitos ejemplares que confunden su mala fe, y realzan en gran manera la santidad de la religion en que vivimos. Disimulad, amados oyentes, si con esta corta digresion, he retardado por un instante nombrar el objeto de vuestros cariños, y cuyos cultos atestiguan la grata memoria que ha quedado en vosotros de sus virtudes, el incomparable y humilde Gaspar de Bono. Si; este es el varon, que vistiendo el hábito y capilla de Francisco de Paula, es la más completa y acabada apologia de cuantas á favor de las órdenes religiosas se han hecho. Porque qu n se atrever    zaherirlas, mi ntas se acuerde de un Gaspar de Bono, soldado el más fiel, religioso el más observante, superior el más celoso, padre de los pobres, anacoreta el más penitente; y por decirlo en breves y compendiosas palabras, dechado y conjunto de todas las virtudes?

Éste es el Santo, hermanos mios, del cual vengo   hablaros esta mañana. Yo creo que ya os habeis hecho cargo de que sería una empresa temeraria, si se quisiese, en el corto tiempo que se concede   un panegirico, abarcar todo cuanto de Gaspar de Bono decirse puede. Excusadme, pues, de una larga y circunstanciada narracion de todos los pasos admirables de su portentosa vida; y permitid, que el punto de vista desde el cual hemos de considerar ahora   Gaspar de Bono, consista en su humillacion ante Dios, y en el empeno de Dios en exaltarle. Pidamos ántes con confianza las luces y ayuda del Espiritu divino: *A. M.*

Cuando se contempla al héroe en medio de su brillante carrera,   engolfado en sus más heroicas acciones, entónces, herida la imaginacion de la fama y esplendor de tamaños hechos, queda suspensa y como arrebatada por un interior impulso, y le juzga digno y superior   todas las alabanzas y homenajes que le tributan los hombres.   la verdad, nuestra imaginacion, que siempre se deja llevar de lo exterior y sensible, sin profundizar demasiado en el principio de d  nace, forma fácilmente ideas de grandeza de muchos hombres, cuyas acciones, acompañadas del ruido que producen, hacen formar desde luego un ventajoso concepto del héroe que se enaltece. Somos tan fáciles en conceder el título de héroe en medio del esplendor y brillantez, que no lo rehusamos   un Alejandro y   un César, aunque, en la realidad, no hayan sido más que verdaderos azotes de la humanidad. Con hechos extraordinarios nos cebamos, y d  quiera que los encontremos, alli fijamos nuestra atencion, y los admiramos y aplaudimos. Debilidad deplorable de nuestra naturaleza, y efecto funesto

de la soberbia que nos domina! Pero, si en lugar de acciones ruidosas y extraordinarias, se propone el orador presentar   la vista de sus oyentes un largo catálogo de humillaciones, afrentas, injurias y ultrajes que recibí el Santo de quien se propone hablar, sabe de cierto, que para los incrédulos ser  materia de risa, para los gentiles de mofa, y para los tibios materia indiferente. Pero, aquellos cuyo espiritu es de Jesucristo, y que pesan las cosas en la balanza del Evangelio, forman juicio muy diferente; y la accion más humilde de un santo es para ellos materia de asombro y admiracion. El que no tiene el espiritu de Jesucristo, éste no puede ser suyo; y el espiritu del Salvador es de humillacion y abatimiento.

Con estas sublimes lecciones del Crucificado qued  Gaspar de Bono intimamente convencido, de que la única senda que habia de seguir para la santificacion de su espiritu era la gloriosa carrera del desprecio y humillacion. Altamente impresa en su corazon la im gen del Redentor divino, que por nuestro bien se anonad  hasta tomar la forma de esclavo, procura seguirle por este camino, parecido totalmente al divino original. Para Gaspar de Bono, ya desde su infancia, es veneno el aplauso y la admiracion de los hombres. Por eso, si se le honra, huye; si se le confieren empleos, los renuncia; si cargos, no los admite; si le alaban, se sonroja; y si le desprecian, se alegra. Verdad es ésta tan autenticada en la historia de su vida, que solo basta abrirla, para quedar de ello convencido. Camina, pues, Gaspar de Bono con majestuosos pasos por la humilde senda que se ha propuesto. Yo no quiero ahora, hermanos mios, recordaros toda la s rie de su juventud, hasta el tiempo predestinado por el Altisimo, en que se vi  contado entre el número de sus siervos. Yo, únicamente, atendi ndome   la idea que me he propuesto, debo manifestaros las acciones de su vida, en las cuales más brilló su profundisima humildad. Y comenzando por la primera de ellas, que diremos de los primeros ensayos de esta virtud, cuando devotamente arrodillado ante un Crucifijo, repetia muchas veces: «Señor, Dios verdadero, misericordia!» Como si más claro dijera: aquí, Señor, tenéis en vuestra presencia al que de s  nada de bueno tiene, al frágil, al miserable, al desnudo de toda virtud. Pero Vos solo, Señor, podeis ayudarme; de Vos han de venir las fuerzas; de Vos el auxilio: una criatura tan miserable como soy yo, qué har , si vuestra misericordia no le asiste? qué pensar , si vuestra bondad le abandona? y qué hablar , si vuestra clemencia no le favorece? Conozc me   mi, Dios mio, y os conozco   Vos. Vos sois el que sois; yo fragilidad, miseria, nada.

¡Francisco de Paula, aquí tienes un arbolito, que plantado en tu campo dará ópimos frutos de virtud! Tuyo ha de ser; y así tuyo será el cuidado de conservarlo. Consecuente á estos principios, Gaspar de Bono, aunque se halle en la flor de su edad, que es lo mismo que decir en la edad en que suelen reinar la vanidad y presunción, y en que el deseo de honra lleva tras sí todas nuestras atenciones; en esta edad, en que su oración afectuosa, su continua asistencia á los oficios divinos, sus ayunos rigurosos, sus sangrientas disciplinas, penetrantes cilicios, total retiro del mundo, abnegacion de sí mismo, le podrían hacer concebir alguna estimacion de su persona, ó infundirle cierto aire de superioridad sobre sus iguales; entónces es cuando Gaspar de Bono sacrifica á Dios su gusto y propia voluntad. Sin oficio, ó militar, esta es su divisa, este su distintivo: «Gaspar de Bono el humilde.»

Así adornada el alma de Gaspar, se presenta á los umbrales de Francisco, para ser admitido en la grande y dilatada casa de su familia. Pone toda su confianza en Dios, persuadido de que quien le ha inspirado la voluntad, éste mismo le proporcionará medios para la ejecucion. No se lisonjea de hallar favorable acogida en los ánimos de aquellos padres, ni por la nobleza de su sangre, porque es pobre, ni por lo esclarecido de su ciencia, porque es iliterato. Aquellos reverendos padres, enseñados en la escuela de su fundador, saben, que el devoto humilde es el único que tiene derecho al santo hábito que visten. No hacen mérito para la admision de Gaspar, ni de la vida penitente, ni de la oracion continua, ni de la inocencia de sus costumbres, sino de la humildad que en el rostro y acciones de Gaspar resplandece. Entónces, lisonjeándose de haber hallado la preciosa margarita, entre sentimientos de placer y regocijo, con un estrecho abrazo le admiten en su compañía. ¡Oh día señalado en los anales de la historia de la Religion mínima! ¡Oh, venturosos los que con sus votos pudieron contribuir á la admision de Gaspar de Bono! Admision que ha dado á su Religion un santo de extraordinaria grandeza, á los claustros un religioso el más perfecto, á los confesorios un celoso director, y á los conventos un superior prudente. Admision, que ha dado á los atribulados un consolador, á los enfermos un médico, y un tutor á los desamparados. Admision, en fin, que ha causado contento á los ángeles, terror á los abismos, y á la Iglesia de Jesucristo honor y triunfo. ¡Seas por eso celebrada, oh Religion mínima, de las generaciones presentes y venideras; y tu memoria, junto con la de Gaspar, sea en los países más remotos entre mil bendiciones conservada!

Cumplidos así los deseos de Gaspar de Bono, camina con pasos acelerados al monte de la perfeccion; descuella entre sus hermanos como el cedro entre los árboles. Pero yo no digo bien; Gaspar de Bono es entre sus cordeligosos lo que la hiedra entre las plantas. Tomando de nuevo por modelo de todas sus acciones al divino Redentor en su sacrosanta pasion, ¿qué se podia esperar de Gaspar sino humillacion y abatimiento? El hábito que vistes, se diria á sí mismo, es hábito de humildad, y el que en esta virtud no se ejercita, es indigno de vestirse. Las pompas y vanidades, allá en el mundo las hemos dejado: aquí cruz, abnegacion y desprecio. Trasladaos, señores, por un instante al noviciado, y mezclaos con los novicios para ver con vuestros propios ojos cuán hermanadas andaban la obra y la voluntad. En él no vereis la menor repugnancia á los ejercicios, aunque sean los más bajos y desapacibles. Nunca ha manchado sus lábios con quejas ó murmuraciones. Siempre le hallareis pronto, ya para barrer el convento, ya para lavar los platos, ya para ayudar á los peones en la conduccion de los materiales. Entónces... Pero, oh tú, sábio director, á quien está confiada la custodia de esos tiernos arbolitos, dímos: ¿cuando viste novicio más humilde? ¿Cuántas veces no pudiste contener las lágrimas arrancadas por la alegría y regocijo que se traslucian en Gaspar por tus voluntarias, ásperas y mortificadoras reprensiones? Éstas eran las perlas que Gaspar buscaba, y era día para él perdido aquel en que no las tenia. Vosotros, oh novicios! sois testigos de la humildad de Gaspar en pedidos por gracia, dejarle remendar los hábitos que advertia estaban rotos. Y si su peticion no hallaba favorable acogida, acordémonos, decia, de nuestro padre fundador, al cual ni su elevada santidad, ni la dignidad de general impedía el remendar los hábitos de los novicios, lavarles los paños, y servir en la mesa á sus religiosos, como si fuese el más infimo de todos: y ¿qué extraño es haga yo lo mismo siendo novicio y miserable pecador? ¡Oh jóven dichoso! ¿y qué diré de tí? ¿con qué palabras te alabaré? ¿y qué podré yo decir que se ignale á tu mérito y santidad? Tú has llenado completissimamente las esperanzas que de tí los padres concibieran. Tú has salido digno hijo del gran Francisco.

Considerad, hermanos míos, cuál seria la vida de Gaspar siendo profeso, habiendo sido tal la de novicio. Seguid sus pasos desde al celda al coro, y desde el coro á la celda, y en ésta observareis al más silencioso y retirado del mundo, y en aquél al más contemplativo y absorto en Dios. El rezo, la oracion, la disciplina, ved ahí la única ocupacion de Gaspar de Bono. Era imposible, que un varon

tan extraordinario estuviere por largo tiempo sepultado en la sombra y oscuridad: Francisco de Paula, que vela sobre su Religión, le coloca al frente de sus hijos, para que les sirva de antorcha y guía. Los conventos de S. Sebastian y Alacuas en Valencia; los de la Soledad y Muro en Mallorca; los de Perpiñan y otros en Aragon y Cataluña, le veneran por su superior, y fueron ilustre teatro de las virtudes heroicas de Gaspar. Y así, mientras vosotros, absortos en el fiel cumplimiento de sus obligaciones, le admirais, tan pronto en manifestar á unos con sus ejemplos la santidad de su vocacion, y en otros avivar con sus exhortaciones el amor de la observancia regular; tan pronto en consolar á aquéllos con sus santas conversaciones, y á éstos dirigir con sus discursos al reino de los Cielos; luego en enseñar con sus acciones á los inferiores cómo han de obedecer, y á los superiores cómo han de mandar; luego en instruir á los novicios en los más menudos ápices de la Religión; ahora en animar á los provectos á caminar hasta la cumbre de la santidad; ahora en socorrer las necesidades de sus conventos; ya en el coro, en donde es el primero que entra y el último que sale; y ya en la enfermería en cuidar y consolar á los enfermos; tan pronto... sí; mientras que vosotros, arrebatados de la brillantez de esta cadena de extraordinarias acciones, contemplais en Gaspar al modelo de los prelados, yo, siguiendo el hilo de mi discurso, le admiro como el más humilde de los superiores. ¡Qué campo tan dilatado se ofrece ahora á mi imaginacion, si quisiera individualizar las acciones de humildad en que se ejerció Gaspar de Bono! Lágrimas, quejas, reconversiones, súplicas, ruegos, protestas, cuando es elegido superior. Incomodidad, buscar lo peor, no querer ninguna distincion cuando viaja. Barrer por sí mismo las celdas, iluminarlas y proveerlas de agua, cuando provincial. Su afabilidad cuando corrige; su ternura cuando castiga; su paciencia cuando enfermo; y, en fin, el bajo concepto que de sí tiene cuando se ve elevado.

Pero ¡ah! que hemos llegado, señores, al momento en que veremos desplegar todas sus velas á la profundísima humildad de Gaspar de Bono. Avivad vuestra imaginacion, y observadle cuando, precisado por su oficio á asistir á una funcion literaria que un corista daba, empieza éste á alabar á su digno provincial, diciendo: ¿quién bueno sinó Gaspar de Bono? ¿quién prudente sinó Gaspar de Bono? ¿quién sábio sinó Gaspar de Bono? Hé aquí que no pudiendo resistir ya por más tiempo su profundísima humildad, se levanta, y retirándose á su celda, se abandona al llanto y afliccion. Y bien, hermano, le dice despues; ¿en qué os he ofendido para que así me trateis? ¿qué linaje

de agravio es éste, decirme bueno, siendo pecador, y alabarme por hábil, siendo un hombre ignorante? ¡Oh inocente corista! y ¿quién hubiera dicho que unas alabanzas tan verdaderas te habian de acarrear la reprobacion y el castigo? ¡Oh vil adulacion! en este día quedas eternamente confundida por la humildad de Gaspar de Bono. Si vosotros, con acciones tan patentes quedais ya enteramente convencidos, de cuanto Gaspar hizo para humillarse ante el acatamiento del Señor, á mí me es forzoso seguir aún la carrera de su vida, y presentaros otras pruebas que demuestran, que su humildad no podia llegar á más alto punto. Figuraos á un provincial como es Gaspar de Bono, cuyo celo por la observancia vá regulado con las reglas de prudencia: ni es áspero al principio, ni se irrita al fin. Dá ciertas disposiciones que no son del gusto de un súbdito suyo; ¿habeis visto al león á quien se le escapa la presa, despezarse y llenar con sus bramidos de terror las soledades más desiertas? Así fué este insolente atrevido, vomitando por la boca infinitas injurias contra el Beato, que estaba doliente en la cama, llamándole inconsiderado, malicioso, condenado y tizon del Infierno. ¿Y no se tuvo respeto á las venerables canas de nuestro Beato? ¿Y la dignidad de provincial no fué bastante para contener el atrevimiento de un súbdito? Nó; pero al tiempo mismo que un inferior, arrebatado de la cólera, traspasaba los términos de toda virtud, Gaspar de Bono ofrece un modelo de humildad, cual pocas veces se lee en la historia de los santos. Perdonadme, le dice, padre mio, por amor de Dios y su santísima Madre. Y arrodillándose como pudo, plegadas las manos, y dándole gracias por haberle dicho lo que él era, se calificó á sí mismo de bárbaro, inconsiderado, malicioso. No obstante, os suplico, añadió, rogueis á Dios por mí, pues aún tengo tiempo de convertirme. Vosotros, que estais instruidos en las vidas de los Santos, ¿habeis visto un ejemplo de humildad más profunda? ¿Y aún le resta en qué humillarse?

¡Dios eterno, cuyos pensamientos sobre vuestros escogidos son siempre pensamientos de paz! ¿aún no os dais por satisfecho de la humillacion y abatimiento de vuestro siervo Gaspar? ¿Aún no queda del todo inmolado en las aras del desprecio? ¡Habrá de empuñar otra vez el baston para romper la cabeza al monstruo de la soberbia? ¡Ah! no escudriñemos los secretos del Eterno, y adoremos profundamente sus disposiciones, persuadidos de que todo lo ordena á su gloria y mayor santificacion de sus escogidos. Gaspar de Bono, siendo corrector, se ve precisado por obediencia, despues de haber oído llamarse insensato, malicioso, ignorante, sedicioso, soberbio é inobediente, á darse una disciplina en medio y á la vista de los ancianos

de Israel. El santo anciano, sin turbarse, se desnuda de sus hábitos, besa las disciplinas y descarga.... Pero ¡bajad, moradores del Empireo, para presenciar el espectáculo más tierno que se haya visto! ¡Y vosotros, ángeles tutelares de la Religión mínima, venid á detener los brazos de esta inocente criatura! ¡Y tú, Francisco de Paula, deja la mansion de tu descanso, para que interponiendo tu manto entre él y sus compañeros, quede escondida para siempre su infamia y humillacion! Y ¿era este, señores, Gaspar de Bono? ¿Aquel Gaspar, varón de extraordinaria santidad, centro de las delicias del Eterno, taumaturgo de su tiempo y honor de su Religión? ¿Aquel Gaspar, cuyos éxtasis le colocan en la clase de bienaventurado; cuyo amor le dá el título de serafín, y cuya caridad le ha adquirido el renombre de amante padre de todos? Si, este mismo es; pero éste es el más humilde de los santos, éste el que en todo tiempo y ocasion se abate y humilla ante su Señor.

He cumplido, si no me engaño, hermanos míos, con el deber de que al principio de esta oracion me encargué. Pero si, no obstante, quisiera añadir los humildes sentimientos de su corazon manifestados por las expresiones que profecía; si añadiera, que muchas veces repetia: Yo no soy bueno; de bueno no tengo otra cosa que el nombre, porque en pensamientos, palabras y obras soy malísimo; si añadiera, que cuando se le quería consultar, solia responder: consultad con hombres doctos, y dejadme estar á mí, miserable, ignorante y tartamudo, que no hago poco de entenderme con mi brevario; si añadiera, que al verse elegido provincial, exclamaba: ¿qué es esto, Dios mio? ¿por qué, Señor, quereis castigar esta provincia con el azote de un superior tan malo? si añadiera, que procurándole servir por razon de su dignidad, respondia: ¿qué provincial! ¿qué provincial! ¿por qué no más bien polvo y nada? ¡vanidad, vanidad! si añadiera, digo, todo esto, no obstante lo que hasta aqui habeis oido, hubiera formado el elogio más completo que de Gaspar de Bono formarse puede. Pero basta; ni yo debo abusar de vuestra paciencia, ni la rudeza de mis colores pueden copiar un original tan excelente. Dios mio, yo os venero admirable en vuestros santos; y admiro juntamente en Gaspar de Bono el espíritu de penitencia, que le hacia mirar su cuerpo como perverso, lo castigaba con ayunos, cilicios y disciplinas aún en la fatiga y enfermedad; admiro en el vuestro santo amor, suspirando siempre por Vos, como la esposa de los Cantares; admiro el espíritu de profecía, anunciando á unos acontecimientos prósperos, á otros adversos; admiro su fé viva, su esperanza cierta y su prudencia sin igual; admiro... Pero no permitais,

Dios mio, que las lecciones que me dá la vida de vuestro siervo sean para mí estériles é infectuosas.

A este fin, ¡oh Gaspar de Bono! imploro tu patrocinio. Por el grande valimiento que con el divino Salvador tienes, alcánzanos el ser unas fieles copias de tus virtudes. Haz que amemos la humildad, aborrezcamos al vicio y sirvamos únicamente á Jesucristo; que la soberbia no nos domine, que el mundo no nos engañe, y que no entre en nuestro corazon sinó la virtud. Acuérdate, ¡oh Gaspar! de las miserias que nos alligen: intercede cerca del Padre de las misericordias; y alcánzanos á todos la gracia, la paz y cuantos auxilios necesitamos para servir á Dios en este mundo y lograr la eterna bienaventuranza en el otro. *Amén.*

---

---

PANEGÍRICO  
DE SANTA GENEVEVA.

---

*Infirma mundi elegit Deus, ut confunderet fortia.*

Escogió Dios para confundir á los fuertes á los flacos del mundo.

(1 Cor. I, 27 ET 28.)

Éste es el orden de la divina Providencia, y de este modo se complace nuestro Dios en hacer brillar su grandeza soberana y su virtud poderosa. Si para obrar grandes cosas solo escogiera grandes sujetos, pudieran atribuirse sus obras maravillosas á la sabiduría, á la opulencia, ó al poder y fuerza de los ministros que empleaba en ellas. Pero, para que ningún hombre tenga motivo de envanecerse de una falsa gloria ante el Señor, no son, por lo común, los sábios según el mundo, los ricos, los poderosos ni los nobles los ejecutores de sus designios; ántes bien, por el contrario, elige lo más pequeño para confundir todas las potestades humanas, y busca hasta en la nada á aquellos que quiere elevar sobre todas las grandezas de la tierra. Pensamiento es de mucha humillación para los unos, y de mucho consuelo para los otros. De mucha humillación es para vosotros, grandes del siglo: todo el esplendor que os rodea, la autoridad, la elevación y la pompa que os distinguen á nuestros ojos, no son motivos para que Dios ponga los suyos en vosotros, ántes bien, según las reglas ordinarias de su conducta, esto mismo es lo que repugna y desprecia, cuando quiere por el ministerio de los hombres obrar sus más portentosas maravillas. Pero al mismo tiempo ¡oh pobres! es el pensamiento de mayor consuelo para vosotros, cuya situación os ha colocado en los últimos puestos; para vosotros, á quienes la oscuridad de vuestro origen y la cortedad de vuestras luces os hacen al parecer incapaces de todo. Tened, pues, confianza, que cuanto más despreciables sois en la opinión del mundo, tanto más quiere Dios glorificaros y gloriarse Él mismo en vosotros. Hé aquí, ama-

dos oyentes, un excelente ejemplo en esta ilustre Santa, cuya festividad solemnizamos, y cuyo panegirico debo hacer. ¿Quién era, según el mundo, Sta. Geneveva? Una virgen sencilla y falta de todas las luces de la ciencia, una doncella débil y sin facultades, una zagalita, reducida por su nacimiento, ó por la decadencia de su familia, al estado más infeliz y humillante. Pero en tres palabras os haré ver la sencillez de Sta. Geneveva más ilustrada que toda la sabiduría del mundo. Os manifestaré tambien su debilidad y flaqueza, más poderosa que toda la fuerza del mundo. Y por último, vereis la belleza de Sta. Geneveva, si se me permite hablar de este modo, más honrada que toda la grandeza del mundo. ¡Qué motivos, cristianos, de reflexiones y de moral! Aprovechemos todo el tiempo necesario para sacar de ellos útiles y saludables enseñanzas: A. M.

Una criatura no puede estar verdaderamente ilustrada mientras no se llegue á Dios y Dios se comunique á ella. Éste fué el gran principio de la eminente Sabiduría que se manifestó en la conducta de la ilustre y gloriosa Geneveva. Ésta era una virgen sencilla, es verdad; pero, por un maravilloso efecto de la gracia, halló el medio de unirse á Dios desde el instante que fué capaz de conocerle; y Dios, recíprocamente, se dignó derramar sobre ella la plenitud de sus dones y de su espíritu. Esto fué lo que ensalzó su sencillez y lo que la dió, aún en la opinión de los hombres, aquella sublimidad admirable superior á toda la prudencia del siglo. Era, pues, necesario, que Geneveva, aún siendo tan ignorante y grosera como era en sí, tuviese por otra parte grandes ideas de Dios, pues desde su primera edad se sacrificó á Él del modo más perfecto; nada fué respecto de ella depender de Dios como súbdita; quiso, sí, pertenecerle como esposa. Comprendiendo que Aquel á quien servía era un puro espíritu, para contraer con Él una santa alianza, hizo un divorcio perpetuo con la carne. Sabiendo que por un amor especial á la virginidad se hizo hijo de una virgen, formó para concebirlo en su corazón el designio de permanecer virgen; y para serlo con mayor mérito, quiso serlo por obligación, por voto, y por una solemne profesion. Con todo conocimiento ofrece á Dios su virginidad, haciéndole al mismo tiempo el sacrificio de su cuerpo y de su alma, no queriendo ya disponer de lo uno ni de lo otro aún legítimamente.

Pero admiramos, amados oyentes míos, el orden que observa en todo esto. Para no obligarse aún á Dios por otro impulso que por el de Dios, consulta los oráculos por quienes Dios se explica: trata con los prelados de la Iglesia, que son los intérpretes de Dios y de sus

voluntades. Dos grandes obispos que vivían entónces, el de Ancera y el de Troyes, pasaron por Nanterra, pátria y lugar donde habitaba Geneveva; luego que lo supo fué y se arrojó á sus piés, les manifestó su corazón, escuchó sus avisos; y reconociendo era Dios quien la llamaba, se obligó á seguir una vocación tan santa. No solo se obligó á ello, sino que cumplió fielmente lo que prometió: pasados algunos años de experiencias, hizo en manos del obispo de Chartres lo que ya había hecho en lo interior de su alma, esto es, el sagrado voto de una perpetua virginidad, obrando solo por consejo y por un espíritu de obediencia. Excelente instrucción es ésta, cristianos, que nos enseña á buscar y discernir los caminos de Dios, principalmente, cuando se trata de seguir la devoción y tomar estado, donde los extraviados tienen consecuencias tan terribles, y, en algun modo, casi irreparables para la salvacion.

El principal cuidado de las vírgenes y almas dedicadas á Dios en calidad de esposas suyas, es el retiro y separacion del mundo; y éste fué el partido que escogió Sta. Geneveva: pues, querer ver al mundo, y ser vista en él, y, no obstante, intentar poder responder á Dios de sí misma; querer ser partidario suyo, participar de sus diversiones y conversaciones halagüeñas, y aún proponiéndose seguir una cierta piedad, querer siempre reservarse algun trato y comercio con el mundo, es, segun mi dictámen, creer, que podemos aún guardar este tesoro que llevamos en nuestros cuerpos, como en vasos de tierra: hablo del tesoro de una pureza sin mancha. Esto es lo que la prudencia del siglo ha presumido en todos tiempos podia hacerse; pero la sencillez de Geneveva, más perspicaz y penetrante, trató este punto como una esperanza química, y la pareció imposible. Y así, desde el instante que hizo su voto, se cubrió con un santo velo que distinguía estos escogidos, á los que S. Cipriano llama la porción más noble del rebaño de Jesucristo. No necesitó de predicador para renunciar á todos los vanos adornos, que corrompen la inocencia de las vírgenes del siglo, y sirven de cabeza á la codicia y á la pasión. Sin estudio y sin leccion, conoció debia hacer el sacrificio de todas las vanidades humanas. Una cruz traída del Cielo por el ministerio de un ángel, y que se la presentó S. German, ocupó desde aquel día el lugar de cuanto el deseo de brillar pudiera haberla hecho apetecer, si hubiera seguido el rumbo de una doncella del mundo; y el modo sencillo con que trataba con Dios, sin disputarle sus derechos ni discutir inútilmente sobre el rigor de sus preceptos, la hizo abrazar resoluciones más exactas aún que las de la teología más severa.

¿Qué más hizo esta santa doncella? Se obligó por su estado y por

su profesion de vida á ejercer los más humillantes y bajos empleos de la caridad y de la humildad. Porque sabe que ser virgen y ser soberbia, es una monstruosidad á los ojos de Dios. Por esto se humillaba, y por un extraordinario ejemplo de sabiduría se reduce al estado de criada; por esto se determina á servir á una señora caprichosa, cuyos malos tratamientos tolera, y á quien obedece con una paciencia y dulzura digna de la admiracion de los ángeles; y por este mismo medio evitó la reconvenccion que hacia S. Agustín á una virgen cristiana: ¡Oh alma insensata! ¿qué es lo que haces? ¿No has querido unirme á un esposo del mundo que la ley de Dios te permitía, y te evitances con una falsa y vana gloria que la ley no te permitía?

Pero ¿porqué añadió Geneveva á estos ejercicios de humildad una austeridad de vida tan grande? ¿Porqué se condenó á ayunos tan continuos é hizo de su cuerpo una víctima de penitencia? Si fué una santa en quien jamás reinó el pecado, si fué una alma pura en quien se mantuvo la gracia del bautismo; ¿porqué se trató tan rigurosamente á sí misma? ¡Ah cristianos! éste es un misterio que ignora la prudencia de la carne, pero que quisio Dios revelar á la sencillez de Geneveva. Ella fué virgen; pero tuvo que preservar su virginidad del más contagioso de todos los males, cual es la delicadeza de todos los sentidos. Fué santa; pero tuvo un cuerpo, que lo era naturalmente de pecado, del que debia hacer una hostia viva. Estuvo sujeta á Dios; pero tuvo una carne rebelde, que fué preciso domar y sujetar al espíritu. Todo esto la hizo olvidar que era inocente para abrazar la vida penitente y austera. El mundo no discurre así; pero yo os digo, que la grande sabiduría de Geneveva consistió en pensar de distinto modo de lo que el mundo piensa. Éste, aunque culpable, intenta tener derecho para vivir en delicias; y Geneveva, aunque justa, se impuso una ley de vivir practicando la mortificacion. Excelente ejercicio, por cuyo medio se dispuso á las comunicaciones más sublimes que criatura alguna pudo jamás tener con Dios. Una doncella sin instrucion ni letras como era Geneveva, habla no obstante de Dios como un ángel del Cielo. Ella nada sabe; pero la gracia que recibió la enseñó todas las cosas, porque nuestro Dios se complace en tratar y hablar con los sencillos. De ahí procedieron aquellos éxtasis que la arrebataban fuera de sí misma, y aquellas celestiales visiones con que fué ilustrada. De ahí la resultó aquel dón de discernir los espíritus, de aclarar la ilusion y la verdad, los caminos errados y los rectos, las falsas inspiraciones del ángel de las tinieblas, la luz verdadera de Dios; de suerte, que de todas partes se recurre á ella, se

la consulta como oráculo; y los ministros, aún los más ilustrados, no se desdaban de ser sus discípulos, recibir sus consejos, y seguirlos. A esto siguió también aquella confianza con que se la entregaba la dirección de las vírgenes; y el cuidado de las viudas, para que las preservase de los lazos del mundo, las inspirase el amor del retiro, las acostumbraše á los ejercicios de la piedad cristiana, las instruyese en todas sus obligaciones, y las hiciera practicar: santa escuela, donde el mismo Dios presidía, porque fué, si así me puedo explicar, la escuela de la sencillez evangélica. Habiéis visto que la sencillez de Genova estuvo más ilustrada que toda la sabiduría del mundo; voy ahora á demostraros, que su flaqueza fué más fuerte que todo el poder del siglo.

He dicho primero, y debo repetirlo aquí, que es propio de Dios usar de instrumentos débiles, y, por lo común, aún de los más débiles, para las grandes obras de su poder. Genova era una pastora pobre y desnuda de todo, sin nombre, sin crédito y sin apoyo; sin embargo, llena el mundo con el eco de sus maravillas, ejerce un imperio absoluto sobre los cuerpos y los espíritus, dispone á su voluntad, si se me permite esta expresión, de las potestades del Cielo, manda á las de la tierra, hace temblar las del Infierno, y llega á ser la protectora de las ciudades y reinos. ¿Qué es la vida de Genova sinó una serie de prodigios y operaciones sobrenaturales, que la misma infidelidad se ve obligada á reconocer? ¿Hay enfermedad por rebelde é incurable que sea, que no haya cedido á la eficacia de su oración? Esto don de sanidad, cuándo y en quiénes se manifestó con más esplendor? No hablo de curaciones secretas, particulares, hechas á la vista de un pequeño número de testigos; hablo, si, de curas públicas reconocidas, averiguadas. El milagro de Ardés, del cual la Iglesia de Paris conserva monumentos indubitables, y otros muchos tan indisputables como éste; ¿no nos manifiestan con la mayor evidencia, qué poder había recibido de Dios Genova para todos estos efectos de gracia y de bondad, muy superiores al poder de la naturaleza? Si su cuerpo despues de su muerte no ha profetizado, como el de Elias, ¿no parece que aún ha hecho más? ¿No ha salido de él mil veces una virtud semejante á la que salía del mismo Jesucristo, según nos enseña el Evangelio? ¿No es hasta en su sepulcro un principio de vida para todos los que recurren á esa preciosa reliquia?

A este don de sanar los cuerpos añadía otro mucho más excelente, cual era el de salvar las almas. ¿Cuántos pecadores no retiró de sus caminos corrompidos, y volvió á poner en los caminos de Dios?

¿Cuántos paganos é idólatras ilustró en un tiempo, en que las tinieblas de la infidelidad estaban extendidas sobre la tierra? ¿Qué frutos no produjo su celo en Francia, donde el error dominaba entonces y estaba colocado hasta sobre el trono? ¿Quién sabe cuántos afligidos consoló, cuántos miserables sostuvo, cuántos ignorantes instruyó en aquellas santas y frecuentes visitas con que alternativamente recorría las cárceles, los hospitales, las cabañas y habitaciones de los pobres, haciendo que experimentasen en todas partes los saludables efectos de su caridad? Y sin empeñarme en individualizar un asunto tan dilatado, ¿quién puede decir cuántos corazones se han movido despues de tantos siglos, se han penetrado y ganado para Dios, y aún lo son todos los días, por la poderosa virtud de sus cenizas? Este es el milagro superior á toda admiración y que os propuse primeramente. Santa Genova tuvo bastante virtud y fuerza en su flaqueza para aplacar aún las potestades del Cielo, para humillar las más fieras potestades de la tierra, y para confundir todas las del Infierno. Tuvo poder para aplacar las potestades del Cielo, templando á favor de los hombres la cólera de Dios, apartando sus azotes, y consiguiendo suspender los castigos que estaban próximos á descargar. Tuvo poder para humillar las más fieras potestades de la tierra, siendo de esto un ejemplo memorable el famoso y bárbaro Atila. Acostumbrado este príncipe á derramar sangre y á hacer estragos, caminaba al frente de un ejército numeroso. Ya la Alemania había experimentado los tristes efectos de su furor; ya la Francia estaba inundada de aquel torrente impetuoso, que llevaba delante de sí por todas partes el terror, la ruina y la desolacion. ¿Qué se podía oponer, y por qué medio se podría apartar ó conjurar aquella asombrosa tempestad, con que tantas provincias estaban amenazadas? Algunas lágrimas que Genova derramó al pié de los altares bastaron, pues el enemigo se amedrentó; un repentino temor se apoderó de él; aquel formidable ejército se mira vencido y derrotado, y la tempestad se disipó como un humo. En fin, tuvo poder para confundir las potestades del Infierno. ¿Con qué imperio no mandaba á los demonios mismos? ¿Con qué respeto no escuchaban su voz estos espíritus de tinieblas y la obediencia? ¿Con qué vergüenza no vieron destruido y echado por tierra su dominio, sabiendo de los cuerpos al primer mandato que recibían? Veamos, por último, cómo la bajeza de Sta. Genova fué más honrada que toda la grandeza del mundo.

Corresponde al honor de Dios, que sus siervos sean honrados; y parece que el Señor se dedica á elevar entre los santos especialmente



á aquellos, que en el mundo se hallaron en los más bajos y despreciables ministerios. Sta. Geneveva, aunque pastora y nada más, ha sido honrada hasta el presente, y lo es aún en nuestros días por todo lo que miramos de más grande y más augusto. No intento empeñarme en referir la multitud de hechos que han recopilado los escritores; os manifestaré algunos de los más singulares que podrán bastar á mi intento: escuchadlos, pues. Fué honrada por los príncipes y reyes. La historia nos enseña cuánto la respetó Chilperico, uno de los primeros reyes de Francia, aún siendo pagano; la dió entrada libre en su palacio y en medio de su córte; la trataba, la consultaba y seguía sus consejos; y revocó una sentencia dada contra unos delincuentes que quería castigar sin remisión; pero, no obstante, no pudo libertarse de concederles la gracia á instancias de la piadosa Geneveva. Sabemos también cuál fué su reputación con Clodoveo, cuánto contribuyó á la conversión de este príncipe infiel y de todo su reino, qué conferencias tuvo sobre este importante asunto con la ilustre Cloilde, qué medios suministró para el cumplimiento de este gran designio, que correspondió á sus deseos y consumió felizmente una tan santa empresa.

Fué honrada por los obispos y prelados de la Iglesia. ¿Qué idea no tuvo de ella S. German, obispo de Aucera, y con qué expresiones no se explicó? Sin atender á la oscuridad de su nacimiento ni á la pobreza de su familia, ¿qué enhorabuena no dió á sus padres, y cuánto predijo de aquella niña para lo futuro? La consideró y encargó como uno de los tesoros más preciosos que poseía la Francia, y como uno de los más ricos dones que el Cielo pudo hacer á la tierra. ¿Qué testimonios y pruebas no la dió el célebre y glorioso obispo de Troyes, S. Lope; qué afectos no la tuvo el venerable y celoso arzobispo de Reims, S. Remigio; y qué no puedo yo decir de muchos otros, que aún siendo pastores de las almas no creyeron envilecer su ministerio ni degradarse, comunicándola sus designios, recibiendo sus consejos, escuchando sus humildes y respetuosas representaciones, interesándose en sus empresas, y aprovechándose de sus instrucciones, si se me permite hablar de este modo?

Fué honrada de los santos. En este particular solo quiero presentaros un ejemplar que es memorable: éste es el de S. Simeon Estilita. Este hombre todo celestial, el milagro de su siglo por la austeridad de su penitencia, desde lo interior del Oriente y desde lo alto de aquella columna, donde solo se ocupaba en la contemplación de las cosas divinas; descubrió la resplandeciente luz que brillaba en el Occidente, conoció todo el mérito y santidad de Geneveva, puso en

ella sus ojos, la saludó con el espíritu, y la invocó. En fin, fué honrada de todos los pueblos, porque ¿dónde no se divulgó su nombre y en qué parte del mundo cristiano no se habló de ella? Aún no estaba en posesión de esta gloria inmortal que goza en la feliz mansión, cuando la voz pública la colocó en el número de los santos, la beatificó y canonizó. El juicio de los fieles se anticipó al de la Iglesia.

No por esto creáis que no tuvo persecuciones que tolerar, pues Dios, que la había predestinado para coronarla en el Cielo, la hizo que experimentase en la tierra la suerte de sus escogidos; y cuanto más quiso que brillase el resplandor de su triunfo, tanto más ejerció su paciencia, dejándola que padeciera los más violentos combates. Sabemos que hubo cierto tiempo tempestuoso en que se oscureció este sol, en que esta alma tan inocente y limpia se halló oprimida con las acusaciones más atroces y calumnias más infames, en el cual todas las Órdenes eclesiásticas y seculares se declararon contra ella; su virtud fué tratada de hipocresía é ilusión, y los maravillosos efectos de su poder con Dios se atribuyeron á sortilegios y mágias. Todo esto sabemos; pero tampoco ignoramos, que saliendo el sol de la nube que le ocultaba, fué más resplandeciente, y que todas las imposturas de la envidia y todas sus invenciones contra Geneveva solo sirvieron á engrandecerla, á realzar más su mérito y á darla un esplendor del todo nuevo. Los obispos se hicieron sus apologistas; y bien presto se desengañaron los espíritus, se confundió la mentira, salió la verdad de las tinieblas que la cercaban, la inocencia fué públicamente confirmada, y la incomparable virgen, cuya memoria intentó borrar el Infierno, consiguió su primer lustre, y se restableció en su primera reputación. Después de esta victoria que alcanzó Geneveva, ¿qué honores no la han tributado el Cielo y la tierra?

Amados oyentes, recurramos con fervor á Sta. Geneveva, y pidámosla que nos lleve al puerto de salvación donde nos llama Dios. Imitemos sus virtudes para hacernos dignos de su protección; valgámonos de ésta para ponernos en estado de imitar sus virtudes. De este modo participaremos de sus favores en esta vida, y de su felicidad en la otra. *Amén.*

PANEGÍRICO  
DE SAN GERÓNIMO, DOCTOR Y FUNDADOR.

*Qui fecerit et docuerit magnus vocabitur  
in regno caelorum.*

Quien hiciera y enseñare, éste será te-  
nido por grande en el reino de los cielos.  
(MATT. V. 12.)

No deja de ser muy sorprendente, señores, el ver al hombre, en medio de la degradación y embrutecimiento en que le precipitó la rebelión de nuestros padres contra su Criador, ocuparse continuamente en proyectos de elevación y grandeza. Parecía más propio, después de tan infausto suceso, abandonarse á los sentimientos de confusión y abatimiento; y por ahí midiera los pasos para su quimérica fortuna y los deseos de su loca y funesta ambición. Aún, si para satisfacer esta pasión fatal, no se valiera de los medios más horrosos y criminales, tendríamos á lo ménos el consuelo, de no vernos precisados á retratarle con los colores más negros; pero por nuestra desgracia, el hombre, abandonado á sí mismo, ha errado y yerra siempre el camino verdadero, que rectamente conduce á la grandeza é inmortalidad. Tan solo el que vino para curar de raíz nuestros males y cicatrizar las llagas de nuestro corazón, pudo enseñar al hombre, la ruta que debía guiarle á la fuente dichosa que apagará su sed devoradora de exaltación y grandeza; y solamente el divino Jesús pudo hacer pedazos la venda que tristemente cubría sus ojos, y despertarle del profundo letargo en que tanto tiempo yaciera dormido. Otro hemisferio descubrió entonces el hombre, otra luz hirió sus ojos, otros sentimientos experimentó su corazón; su alma concibió otras ideas, su entendimiento conoció la verdad, y su pecho dió un salto de placer, viendo la mano benéfica del Redentor, que amorosamente le sacaba del tango hediondo de sus ilusiones, desvarios y errores. En dos palabras: este misterioso Señor, conocedor único de los senos tortuosos del corazón humano, le dió medicina para sus

males y remedio para llenar sus deseos. Practica la virtud, le dice, y enséñala á tus semejantes; hé ahí lo que aprendí de mi Padre para tu elevación y tu gloria; y hé ahí el colmo del heroísmo á que llegarás si así lo hicieres, que te hará volar á sentarte en las primeras sillas de mi celestial Jerusalén. Lección breve y sencilla, que practicada pone al hombre al nivel de los espíritus angélicos, quienes rodeados de esplendor ante el trono de Dios, son acatados como grandes príncipes de su magnífica corte.

Ved, pues, cómo sin advertirlo, he pronunciado ya el elogio más completo y sublime que pudiera pronunciarse en este día del gran padre y máximo doctor S. Gerónimo. Pues que ninguno más que él escuchó con mayor atención los consejos de su Redentor; ninguno como él se penetró más profundamente de las máximas de su Evangelio, y ninguno más que él arrojó más peligros para propagar y defender su santísima ley. Dios todavía, que le destinara para sostén y columna de su Iglesia, le dió un corazón recto, le condujo de la mano por las sendas del justo, llenó su pecho de fortaleza, grabó en su alma la imagen hermosa de la sabiduría, y mandó después á una nube de gloria fuese á reposar sobre su venerable cabeza en premio de sus desvelos y padecimientos, y en testimonio de su elevación y grandeza. Entónces, esos héroes tan ávidos de nombradía, y de que la fama trasmitiese sus nombres con el epíteto de grandes, se desvanecieron como humo á la presencia de nuestro Santo. Pues que á éste solo, á este extraordinario varón, á este robusto atleta é indomable valiente, se le debe con justicia el renombre de grande, y á él son debidas altas y soberbias pirámides que transmiten sus heroicas virtudes y memorables hazañas.

De esta manera, hermanos míos, eleva y engrandece Dios á los humildes seguidores de las máximas de su Evangelio, mientras llena de confusión y oprobio á esos próceres erguidos, que corren afanosos tras la pompa vana y efímera de este mundo. Á sus ojos divinos solo valen títulos que afiancen virtud y sabiduría evangélicas; y éstos solo lo son para merecer su cariño y las demostraciones singulares de su brazo omnipotente. Cuánto, empero, fuese acreedor Gerónimo á estas finezas de su Dios, no hay más que atender á su alto desprecio del mundo, á la profunda abnegación de sí mismo, á su austera y rigurosa penitencia, á su humildad profundísima, á su elevada contemplación, á su inalterable paciencia, á su amor intenso á Jesús, y á ese río de sabiduría y elocuencia cristianas, que hace brotar en el campo de la Iglesia ópimos frutos de honor y santidad. ¡Cuánto le debe esta Esposa amada del Redentor! ¡cuánto esplendor le acreció!

¡cuántos enemigos le humilló! ¡y cuántas armas le entregó para su defensa! Recuerdos dulces, que juntamente manifiestan la importancia de sus servicios y el aprecio que se merecieron de la Esposa de Jesucristo. Ved, pues, ya en su consecuencia insinuado el asunto de mi elogio. Admiraremos en Gerónimo un héroe verdaderamente grande, que mereció bien de la Iglesia por su sólida piedad y por su eminente sabiduría. Quiera Dios concederme sus auxilios, y la immaculada Señora su poderosa protección. Á este fin saludémosla llena de gracia: *A. M.*

Sería por cierto, señores, muy temerario é imprudente, quien osára desconocer las relaciones que existen y forzosamente deben existir entre la criatura y su Criador. Si quizá algunos géneos atrevidos y petulantes, han hecho como que intentáran romper los eslabones de esa deliciosa cadena que nos une con nuestro Dios, atribuido sin reparo á delirio de sus pasiones y á profunda malignidad de sus corazones. La criatura es obra de las manos de Dios, y su sér, su vida y movimiento, todo lo debe á solo su querer y divina bondad. De estas verdades incontestables se deduce evidentemente, la dependencia absoluta que el hombre tiene de Dios, y el órden de relaciones en que ha entrado con su divina Majestad. Y en esto, precisamente, consiste su dicha y ventura, pues que en saliéndose de este círculo no hay más que perdición y desdicha. Pero á buen seguro que nada dice relacion con Dios, sinó la sola virtud, porque siendo el Señor santidad infinita, el vicio nunca puede hermanarse con Él. Solo, pues, el que ha contraído alianza perpetua con esta hija del Cielo, se acerca á la Divinidad, se ayunta con el Señor con nudos estrechos, goza de su cariño y tiernos abrazos, y respluyen en su alma los resplandores de su Majestad divina. Ved ya por qué dijo el Salvador, que quien practicáre la virtud y la enseñáre á sus semejantes, será llamado grande en el reino de los Cielos.

Pero bien pronto veremos, hermanos míos, desempeñar á Gerónimo los estrechos deberes que le impusieran las relaciones en que se halla constituido con su Dios y Criador. Bien pronto le veremos ofrecer al Señor en las primicias de sus días su alma bella, é imprimir en su pecho el sello del amor divino; bien pronto desasido de toda criatura, y su corazón purificado de afecciones terrenales. Bien pronto vereis como le amargan los encantos y placeres del mundo, y como le deleitan tan solo los gozos y bienes eternos; bien pronto buscar con ahínco á su Amado, y sostener con valor la gloria de su nombre; dar días de contento á la Esposa del Cordero, y honrarla con los des-

pojos inmensos de sus enemigos; bien pronto le veremos saludado por todos los pueblos y naciones de la tierra como el sábio más eminente, apoyo el más firme de la Iglesia, humillador eterno de los herejías, honor del sacerdocio, lumbrera la más brillante, oráculo del mundo, y copia perfecta del divino original Jesús. Bien pronto..... Pero suspendamos, señores, el vuelo á nuestra imaginación, que las asombrosas y heroicas virtudes de nuestro Santo le habían hecho tomar; detengámonos, por ahora, en observar cómo empieza á entrar Gerónimo en los elevados designios que sobre él ha formado la Providencia divina, que lo son de virtud y santidad, de elevacion y grandeza.

Con efecto; los primeros pasos que dá Gerónimo en la carrera de la virtud están ya marcados con caracteres brillantes de un elevado heroísmo. La mocedad, tiempo peligroso para la juventud, en que se agita, fluctúa y perece muchas veces, forma ya en nuestro Santo una de las épocas brillantes de su vida. No llorareis con este motivo ni la corrupcion del corazón, ni el desahogo de deseos criminales, ni el abandono y relajacion de costumbres. Admirareis, si, un tierno jóven, que se desprende de las ilusiones engañosas del mundo y se abraza tiernamente con la inocencia; en quien brilla un puro candor, y sabe elevarse sobre sí mismo. ¿Qué pueden ya entónces para Gerónimo, ni la opulencia y linaje ilustre de la casa en que ha nacido; ni la alta consideracion que se merece de los compañeros de su clase; ni la reputacion que goza entre sus discípulos; ni la distincion y aprecio con que le trata su maestro Donato; ni toda la viveza y profundidad de su ingenio, toda la tenacidad de su dilatada memoria, y toda la vehemencia de su natural elocuencia? ¿Qué puede, digo, todo esto, y qué atractivo tiene ya entónces para Gerónimo, que sobreponeándose á sus fuerzas y edad, vá en busca del verdadero tesoro que henchirá su alma de sólidos bienes, y llenará los deseos de su corazón? ¡Ah! ¡qué espectáculo tan tierno vá á ofrecer á nuestra consideracion el fervor de este jóven, que corre ya en pús de su Amado! Yo no llamo vuestra atencion hácia los teatros y espectáculos públicos, hácia los sitios de recreo y holganza, hácia las tertulias de diversion y esparcimiento, ni hácia esos soberbios palacios, centro del lujo y elegancia. En semejantes parajes no se halla Gerónimo. Yo solo os suplico os dignéis entrar conmigo en esas famosas catacumbas de Roma, morada eterna de soledad y silencio, y lúgubre mansion de los muertos. Y allí observareis al jóven Gerónimo pasarse horas enteras sumido en dulce melancolía, y dado á meditaciones profundas. Hé ahí su recreo, sus pasatiempos y diversion. ¡Qué recuerdos no excitaria en su alma la sangre de tantos miles de mártires, que hu-

mea aún y brota en cualquiera parte que ponga sus piés! ¡Cuánta lágrima caería de sus ojos, y cuánto suspiro no daría su corazón! Como que le veo abrir sus oídos para escuchar la voz divina que dulcemente le llama; expresar su corazón en amorosos soliloquios con su Amado; nacer en su alma vivos deseos de santa emulación; encenderse su pecho en ardientes llamas de caridad, y caerse desmayado en profundo delirio en brazos del divino amor. ¡Cómo bajarían entonces los espíritus de los bienaventurados, cuyos cuerpos yacen en esas lóbregas grutas, para animarle y confortarle! y ¡cómo también bajaría su ángel tutelar para darle un tierno abrazo, y señalarle con una mano el libro en donde están escritos sus destinos, y con la otra imprimir en su frente la señal de salud y de protección! ¡Oh! ¡cuán hermosos son, joven amable, tus pasos en los principios de tu fervor! Dinos: ¿cuánto vá de esas delicias á las del mundo? ¿cuánto vá de esas dulzuras á las del siglo?

Pero, gastando Gerónimo tan pronto de las dulzuras celestiales, vá á subir rápidamente á la cumbre del monte santo, en donde se inmolará á sí mismo, y entre los ardores de la caridad se trasformará todo en su Amado. Flechado está ya su corazón con las saetas que poco há le ha tirado el Señor, y nada le place sino Jesús crucificado. Este es el único modelo que se ha propuesto imitar; esta es la única fuente de cuyas aguas quiere beber; y este es el único maestro que ha determinado escuchar. Al pié de su cruz ha clavado Gerónimo su corazón, y de él no queda más que Gerónimo crucificado. Cuanto tiene el mundo de halagüeño, bienes, riquezas, honras, dignidades, es ya nada para un hombre que se ha sepultado en la laga del costado de Jesucristo, y que respira solo los alientos de su amor. Los seguidores del siglo no entenderán este lenguaje, pues que no es dado á la carne profundizar en lo que atañe al espíritu. Pero precisamente es el idioma que con perfeccion entiende y habla Gerónimo. Con magnanimidad de héroe se remonta sobre las preocupaciones fatales de los mundanos; se lastima de su ceguera criminal; se burla de las farsas de sus pompas y grandezas; y de un golpe se deshace y rompe los vínculos con que éstos le ataban al mundo. Pero estos vínculos eran fuertes, eran ligaduras difíciles de romper. Mas no importa: el valor é intrepidez de Gerónimo saben desmenuzarlás enteramente. ¡Eran acaso el tierno cariño de sus padres, las pingües rentas de su mayrazgo, la fortuna brillante que le espera, la alta consideracion que vá á merecer, y los elevados destinos que irá á ocupar, ilusiones que tanto embelesan y encantan? Pero su ingenio vivo y penetrante no ve en ellas sino hojarasca, frivolidad, densas sombras, entre las cuales se

camina al tropiezo, al escollo, al precipicio; y su alma grande no puede satisfacerse ni se para en objetos tan mezquinos. El vuelo de sus deseos vá más arriba, llega á regiones más altas y sublimes. Y ved como para llegar á ellas aplasta al momento la cabeza á ese monstruo del mundo que intentaba detenerle; y muy presto las banderas que le ha cogido en su triunfo ondearán en los caminos de los desiertos y en las grutas de altos peñascos. Las soledades entonces de la Siria y Palestina se recogerán, al depositar en su seno los preciosos despojos que ha arrebatado Gerónimo en esa famosa batalla; y entre saltos de placer le dirán: salve, capitán valeroso, honor de la religion y de la cruz; digno eres de que en esta augusta morada cina el Cielo tu frente con laureles de hermosas virtudes.

Se los ciñó, en efecto, el Cielo piadoso, que siempre favorece el valor y rectitud del corazón. Jesús lo dijo: «Quien todo lo abandonar para seguirme á mí, recibirá en esta vida el ciento por uno;» y en el Apocalipsis se lee: «Al que venciere daré vestido de púrpura y manto real cubrirá sus hombros.» ¿Qué virtudes entonces dejarían de hermosear á Gerónimo? Humildad, mortificacion, celo, sabiduria, caridad, mansedumbre, fortaleza, beneficencia; y todo el luciente escuadron de estas hijas del Cielo se puso á su lado, y le ofrecieron sus ricos esmaltes para abrillantar en gran manera su alma. Yo me pascio al contemplar á un sábio de primer orden, tan profundamente humillado y anonadado en sí mismo; á un sábio escuchado como oráculo de su siglo, consultado por los sumos Pontífices, respetado por los hombres más eminentes de su tiempo, autor de una muchedumbre espantosa de libros, y cuyas alabanzas resuenan por todas partes del Oriente al Occidente. Pero ello es un hecho, señores, de que cuanto más se admiraba la sabiduria de Gerónimo, tanto más resplandecía su profunda humildad. ¿Qué le costaba sino abrir su boca para verse llevado en carro de triunfo y colocado en la cumbre del honor? Pero las lecciones que aprendió al pié de la cruz le mostraron á su Redentor pendiente de ella, deshonrado, abatido y afrentado. ¿Qué más anhelaba su corazón que imitarle y ser confundido á su presencia? El Señor asimismo le hablaba al interior de su alma: «por más que hayais trabajado y os crean algo, decid que sois siervos inútiles.» Nadie entonces es capaz de medir el fondo de la baja en que se abisma Gerónimo. Trabajos, persecuciones, enfermedades, afrenta y vilipendio es todo lo que cree deberse á su nada, y el elemento propio en que deba vivir. ¡Cuánto deseaba que lo olvidasen todos los hombres! ¡Con cuánto ahinco se internaba en los desiertos, para que perciese su memoria! ¡Y con cuánto gozo se presentaba á

su divino Maestro con el manto de oprobio que le pusieran sus enemigos!

Pero este manto, señores, no hubiera brillado mucho á los ojos de Gerónimo, si no le esculpiera aún con los esmaltes de sus rigores, asperezas, mortificaciones y de su sangre. ¡Válgame el Cielo! y ¡qué santo ha habido más penitente! La penitencia misma se asombra, y vacilan sus piés al entrar en esas grutas tenebrosas, en esos espantosos desiertos, en esos collados oscuros y sombríos, y en esas horridas ó interminables soledades, en donde se presenta Gerónimo demasiado pálido, macilento y extenuado; ya por la rigurosa abstinencia de semanas enteras que enflaquecen su cuerpo, ya por las sangrientas disciplinas que despedazan sus espaldas, punzantes cilicios que penetran sus carnes, récios golpes con duras piedras que rompen su pecho, largas vigiliás que le roban el sueño, cama durísima que quebranta sus huesos, sol abrasador que ennegrece su piel; y ya, en fin, por los crueles sobresaltos y temores y ayes lastimeros, que de su corazón compungido de continuo arranca el sonido de la fatal trompeta, que llamará á todas las naciones al tribunal tremendo del Juez supremo. Entónces, como si fuera el más arrastrado pecador, abrazado ardentemente con la cruz, implora perdón, piedad, clemencia. Llama récio á su Redentor, y afectuosamente le dice: Vos sois mi confianza, el áncora de mi salvación y el puerto de mi refugio. No ensordeczáis á mis voces: alargadme vuestra mano y me salvaré.

Si: serás salvo al fin, Gerónimo amable. Pero ántes que se cierren tus ojos para ir á descansar en la región de la paz, trabajos hay aún que sufrir, persecuciones que padecer. El malévolo de este mundo envidia tus virtudes; déjale, al fin triunfarás de él. Seguidle, si no, hermanos míos, primero en Roma, y despues en Belén. En estas partes vereis su heroísmo en medio de su celo. Apenas saluda la capital del mundo, cuando ya es su imán, su encanto. El Pontífice sumo le llama á su lado, le consulta, y le confía los negocios más árdusos sometidos á su vigilancia y decision; las personas más ilustres contraen con él estrecha amistad; las matronas romanas se ponen bajo de su direccion; y no hay clase en el Estado que no le admire, le aplauda y le acate. Estaba, empero, en el órden, que así sucediera, pues que en sus costumbres le veian un ángel, en sus conversaciones y pláticas un apóstol, en su retiro y silencio un anacoreta, en el desprendimiento del mundo un bienaventurado, en sus lecciones y enseñanzas un sábio, y en el altar, cuando el incruento sacrificio, un serafín. ¿Qué extraño, pues, que las virtuosas y nobles señoras, y entre ellas

aquella famosa heroína, la esclarecida Paula, se acogieran á su direccion, á sus consejos, á sus instrucciones? ¡Cómo caminaban con pasos apresurados al monte de la perfección! ¡Cómo se embebían y arraigaban en su pecho el espíritu y las máximas del Evangelio! ¡Cómo se inflamaban sus corazones en el amor de Jesús! Yo os saludo, venerables matronas, pues que formais la parte más preciosa del rebaño de Jesucristo. En Belén reúne tambien el celo de Gerónimo á millares de anacoretas, que desprendidos del mundo y entregados á los más laboriosos ejercicios de penitencia, llevan una vida toda angelical, y trasladan á la tierra la hermosa imagen del Cielo. De todas partes corren tropas numerosas de varones piadosos para agregarse á esos ángeles del Cielo, que, bajo la guía de Gerónimo, gustan ya las dulzuras de la bienaventuranza. Pero muy pronto este estado feliz se trueca en estado de amargura, de dolor y de llanto.

Una tempestad se levanta, un huracán horroroso descarga repentinamente sus furias sobre el decrepito Gerónimo y sobre sus estimados monasterios. ¡Oh Señor! ¡y cuán inapeables son vuestros juicios! Mas se habian de admirar aún la paciencia y mansedumbre de nuestro Santo, y brillar aún más su heroicidad y grandeza. En Roma, los aplausos que le tributan se convierten en atroces calumnias, los honores en vilipendios, y la estimación en desprecio. En Belén, una tropa de foragidos desola sus monasterios, degüella sus monjes, y todo lo lleva á sangre y fuego. ¡Oh Dios, y que golpe tan amargo para el corazón de Gerónimo! Pero no temáis desmaye el Santo; se afige, si, mas no se abate. Levanta sus manos al Cielo, y de ahí le viene su ayuda y amparo. ¡Cuán pronto son confundidos sus enemigos! ¡y cuán pronto la magnanimidad y valor de su pecho canta la victoria y el triunfo! ¡Cómo entónces ante el pesebre explicaría su alma en afectos tiernos y dulces coloquios de amor! ¡Oh, y cómo entónces se vieron en todo su lleno las heroicas virtudes de nuestro Santo!

De este modo, hermanos míos, el ilustre Gerónimo mereció bien de la Iglesia por sus heroicas virtudes, que colocándole sobre sus altares forman su más precioso adorno; y no lo mereció ménos por su inmenso saber y sabiduría profunda, que poniéndole sobre su candelero, es y ha sido su antorcha más brillante. Recordad, si os place, tanta multitud de libros y cartas como escribió, tantas consultas á que respondió, las controversias que dirimía, y las herejías que confundió; y vereis entónces toda la extension de su sabiduría y toda la brillantez de su esplendor. Es cosa que pasma el ver á un hombre consumido de trabajos y enfermedades, y dado

continuamente á los ejercicios de la mortificacion austera y de la contemplacion profunda, poder escribir tanto, y esto con precision, exactitud y elegancia. Nada se ocultaba á su penetracion profunda; todo lo sabia, y su erudicion era inmensa. Teologia, elocuencia, filosofia, poesia, historia, Escritura, tradicion, disciplina y derecho; idiomas: el siríaco, el caldeo, el hebráico, el griego y el latin; materias eran que poseia á fondo Gerónimo; y constituyéndole oráculo de su siglo, llamaba la atencion de todas las partes del universo. Su nombre es pronunciado con respeto en la Siria, Palestina, Egipto, Italia, Alemania, Francia, España; y hasta en la misma África, en donde Agustin le tributa homenajes de respeto y alabanza. En sus escritos, toda persona de cualquier clase que sea, halla consejo en sus apuros, resolucion en sus dudas, bálsamo en sus penas, luz en sus desvarios y medicina á sus males. La Iglesia, ¿cuántos bellos trofeos no le debe? La espada de su ciencia cuelga de las paredes de sus templos las infames cabezas de los Arrios, de los Donatos, de los Pelagios, de los Vigilancios, que con rabia de monstruos intentaban despedazarla; y el celo de su sabiduria le pone en sus manos el más precioso dón que pudiera presentarle en la traduccion de la Vulgata, eterno monumento de su erudicion, de su saber, de su ingenio y de su virtud.

¡Loor eterno á ti, oh Gerónimo! Tus virtudes y sabiduria han asombrado al mundo, y la memoria de tu nombre no perecerá. Las generaciones se sucederán unas á otras; pero el eco de tu fama subsistirá; y hasta las extremidades más remotas del universo te publicarán por un héroe grande, que mereció bien de la Iglesia por su virtud y saber. Por el poderoso valimiento que tienes con el divino Redentor, encarecidamente le suplico, infundas en nosotros tambien el aliento del amor divino que abrasaba tu pecho, porque así nada más nos agrade que Jesús, nada más deseemos que Jesús, y nada más amemos que á Jesús. ¡Oh! ¡y cómo entónces podremos prometernos cantar en tu compañía en el Cielo sus loores, sus cánticos, sus alabanzas! Así sea.

---

## PANEGÍRICO DE SAN GEROTEO, OBISPO DE SEGOVIA.

---

*Prædica verbum, inusta oportuna, importuna: argue obscuro, incepta tu omni patientia et docerina.*

Prédica la palabra, inusta á tiempo y fuera de él; reprende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina.

(II TIM. IV. 2.)

Quando el Apóstol vió llegar el tiempo tan deseado, en que una muerte ignominiosa, á juicio del mundo, proporcionaria á su alma la posesion de una eterna gloria en la compañía del Señor, abrasado del más ardiente celo por la honra de su Dios y por la salvacion de las almas, hace los últimos esfuerzos para precaver los peligros que amenazaban á los fieles, y asegurarles la perseverancia en el amor y culto de su Criador. Entónces ordena su testamento, que por mano del obispo de Éfeso dirige á toda la Iglesia; y en lugar de la pingüe herencia con que los padres acostumbran á fomentar los vicios de sus hijos, dejó en él á todos los cristianos, y con especialidad á los obispos, los documentos más conducentes á su felicidad. En él encarga con especial cuidado la predicacion, la vigilancia, la oracion, la impugnacion de los errores, para impedir que los cristianos sean seducidos por las halagüeñas doctrinas con que la impiedad, fomentando sus pasiones, habia de tratar en adelante de hacerles odiosa la verdad, y despreciable la religion. Les encarga que estén muy prevenidos, porque vendrá tiempo, en que los hombres resistirán la sana doctrina que pone un freno á sus pasiones, y en que busquen maestros que los imbuyan en los errores lisonjeros conformes á la inclinacion de sus corazones.

Estos interesantes documentos del Apóstol han sido, por espacio de mil ochocientos años, la regla que han observado y observan invariablemente los obispos en sus respectivas diócesis: cada uno los

considera al presente como peculiar y exclusivamente dictados para sí. En cuyo caso, ¿qué celo no desplegaría al ponerlos por obra el grande obispo, destinado por la Providencia para fundar la iglesia de Segovia, Geroteo, el ilustre prelado, que disfrutando de la compañía del santo apóstol bebió su mismo espíritu, presenció y aun cooperó á verificar los prodigios que evidenciaban hablar por su boca la sabiduría celestial; mereció su más íntima confianza; fué destinado por él mismo para maestro de los mayores sábios del mundo; para obispo de las iglesias cuya dirección era difficilísima, y para desmontar y cultivar aquella porción predilecta de la heredad agregada por su diligencia á la viña del Señor?

¡Ah! por el ardiente celo con que Geroteo procuró desempeñar este ministerio, podríamos venir en conocimiento de la utilidad que nos resulta de pertenecer á la Iglesia de Jesucristo. Por lo mismo he pensado recordaros solamente en este día la actividad de su celo, á fin de que, habiendo llegado por nuestra desgracia el tiempo fatal que anunció el Apóstol, hagamos por conservar en toda su integridad y pureza el sagrado depósito de la doctrina evangélica que nos ha confiado por su ministerio.

Pidamos la gracia para que sea eficazmente provechosa mi exhortación: *A. M.*

Sepultadas en el olvido, por no haber historiador alguno que puntualice las noticias particulares de la fundación ú origen de la iglesia de Segovia y de la vida de Geroteo, no es extraño que se hable con tanta variedad acerca de todos los pormenores; sin embargo, podremos venir en conocimiento del celo apostólico de este célebre obispo, así por el principio de su apostolado, cuya historia nos ha conservado la tradición popular, como por sus resultados, que nos dá á conocer la experiencia. No extrañareis que sin detenerme á impugnar las razones de la crítica, que, empeñada con buen fin en separar los acontecimientos fabulosos de las historias verdaderas, contribuye, tal vez contra su intención, al establecimiento de un general excepticismo, principal apoyo de una completa incredulidad; crítica que, fundada en el silencio de los escritores contemporáneos que, ó no quisieron referir los hechos, ó los ignoraron, ó no juzgaron oportuno introducirlos en sus historias, ó no pudieron dar á éstas la firmeza para sobrevivir á las guerras, inundaciones y vicisitudes de tantos siglos; y que, valiéndose de argumentos puramente negativos, se obstina en tener por apócrifos los héroes, cuya existencia y virtudes testifican una tradición cons-

tante, una multitud de escritores instruidos, santos é imparciales; y, por último, unos monumentos, cuya muda elocuencia no puede resistirse; no extrañareis, digo, que despreciando por ahora esta crítica, y suponiendo, con el comun de los historiadores, que Geroteo se convirtió en la isla de Chipre, que fué instruido en la ciencia de la religion, y constituido por el apóstol S. Pablo obispo de Atenas, en primer lugar, y despues de Segovia, colija de algun modo cuál fuese su celo, así de la elección, como de los efectos de su pontificado.

Con efecto, elegido por un Pablo; elegido en el nacimiento del cristianismo; elegido para fundador de dos iglesias; elegido para el obispado de Atenas, centro comun de los mayores sábios del mundo; ¿podrá dudarse de que reuniría todo el conjunto de cualidades, que el mismo apóstol juzga indispensables para llenar las sagradas funciones del apostolado en tiempos más tranquilos y en circunstancias ménos difíciles? Un apóstol, que no vive sino para promover la gloria del Señor; encargado, no de una ú otra provincia, sino de todas las naciones imbuidas en las perniciosas máximas del gentilismo; que sin temer tantos peligros, incomodidades y persecuciones con que tropezaba á cada paso, viaja sin descansar por tantos y tan distantes países, sin otro objeto que el de atraer á todos los hombres á la religion del Crucificado, única verdadera entre tantas como entónces se profesaban; un apóstol, destinado por Dios de un modo tan prodigioso, para ser una de las más fulgentes antorchas de la fé y tan especialmente asistido del divino Espíritu; un apóstol, que con tanto cuidado procura inculcar á sus discípulos las dotes que deben acompañar al que es elevado á la perfección del sacerdocio, para que no yerren al elegirle; este mismo apóstol, no es creible que eligiese en aquellos tiempos y para aquellas iglesias un obispo poco ejemplar, poco idóneo para tan honroso ministerio; un obispo, que, lejos de edificar por su celo, destruyese por su indolencia; un obispo, que, rodeado en Atenas de tantos y tan poderosos enemigos preocupados extraordinariamente en los delirios de la gentilidad, cuales eran los sábios del Areópago, dejára correr libremente sus errores, no trabajara él solo más y con mayor energía que todos sus contrarios, no aplicara incansablemente sus desvelos á desvanecer sus sofismas, á derribar sus ídolos, á sacar al pueblo de su perniciosa ignorancia, á descubrirle la verdadera divinidad, y ponerle en el camino de la gloria. No es creible, dije, y añado, que lo contrario repugna á la razon y á la experiencia.

La prodigiosa trasformacion que se descubre en la célebre Atenas

es una demostracion palpable de esta verdad. En el corto espacio de tres años que Geroteo rigió aquella iglesia, los atenienses conocen, adoran, se familiarizan con el Dios de que ántes ni aun tenían idea: los sábios, que admiraban al mundo por sus vastos conocimientos, confiesan su estúpida ignorancia, y aprenden con facilidad en la escuela de Geroteo la sublime ciencia, que en vano habian buscado á costa de tantos sudores y desvelos en los insulsos libros de los filósofos, y en las decantadas luces de la razon. Atenas sale del indigno abatimiento de una brutal idolatría, y entra en el camino de la religion verdadera. Atenas, llena de regocijo por el honor y la excesiva grandeza á que la ha elevado el celo de su digno obispo, extiende por toda la Grecia el nombre de Geroteo, haciendo que se pronuncie en todas partes con el mayor entusiasmo y con la más humilde veneracion. Atenas, en fin, colocada bajo la direccion de uno de sus mayores sábios, de un Dionisio, que no se degrada, ántes bien se supone muy honrado en confesar, que debe á Geroteo toda su instruccion, se lamenta de la ausencia del grande obispo á quien la encomendó el apóstol san Pablo. Se lamenta, sí; mas se alegra, se regocija Segovia, para quien la Providencia tiene destinada esta dicha.

Regocijate, Segovia, que ya van á desaparecer para siempre las tinieblas de la ignorancia en que hasta ahora has vivido envuelta, y á romperse las prisiones con que te ha tenido esclavizada el Infierno. Ya no te dirigirás en las necesidades á unas figuras muertas, é inepaces por tanto de remediarlas, ni aún de conocerlas. Ya no habitarán tu templo esas mentidas deidades, oprobio de la razon humana, sino el verdadero Dios, único autor soberano de cuanto existe, y que está siempre pronto á escuchar tus oraciones y á concederte cuanto por ellas le pidas. Ya no volverás á ofrecer á los infames ídolos unos sacrificios tan estériles como repugnantes á la naturaleza; ofrecerás, sí, al Dios omnipotente la omnipolente víctima de que su bondad infinita te hace donacion para que asegures tu felicidad. Ya no consultarás en tus dudas á unos filósofos ignorantes, á unos falsos profetas, que dicen en nombre del Señor lo que el Señor no ha dicho, y que suponiéndose ministros del Dios de la bondad, difunden en su nombre el error y la mentira que les sugiere el principe detestable de las tinieblas; consultarás al mismo Dios, y éste te pondrá de manifiesto la verdad. Ya no serán estériles tus virtudes; ya no fluctuará tu razon entre las dudas inapeables acerca de su primer origen y de tu último destino, ni quedará como hasta aquí sin salida del abismo de miserias en que se halla sumergida. Como el astro brillante del dia extiende por el horizonte la luz, que deja ver con la mayor claridad

todos los objetos, y comunica á todos los séres su calor é influjo, por cuyo medio hace salir del seno mismo de la tierra las aguas que la fertilizan, produce las plantas y sus semillas, hermosa los campos, anima los vivientes, infunde á todas las criaturas el regocijo y la felicidad; así Geroteo, apenas se descubre en nuestra ciudad, difundirá por todos los pueblos de la provincia los rayos de la luz celestial; y con el fervor de su caritativo celo por la salud de las almas hará llover sobre todo este terreno las gracias y bendiciones del Señor; y le cabrá la satisfaccion de ver, que este suelo árido é inculco, que no ha producido ántes más que zarzas y malezas, producirá en adelante sazonados frutos de bendicion. Geroteo, como el prudente padre de familias, escogerá operarios activos, á quienes comunicará sus luces, su espíritu y su influjo para que le ayuden en el cultivo de la nueva viña, arrancando el gérmen del error, del contagio y del vicio.

Árduo es el empeño: desarraigar errores envejecidos, universales, inspirados en la infancia y sostenidos por una costumbre no interrumpida; sustituir á una supersticion, que favorece las inclinaciones naturales del hombre, una religion que le impone el deber de violentarlas; pretender que unos hombres, acostumbrados á despreciar todo aquello que no sea conducente al regalo y á la propia comodidad, se sometan voluntariamente á una ley que les prescribe la mortificacion continua, el odio á los placeres, la guerra á sus deseos, la maceracion de la carne; querer introducir unos usos que aborrecen los pueblos, resiste la naturaleza, persiguen con encarnizado furor todos los príncipes y poderosos..... árduo empeño, repito: Geroteo no puede contar con otros auxilios para realizarlo, que su celo y su confianza en la providencia del Señor, que le destina para fundar y dirigir esta porcion de su heredad. Sin embargo, todo lo emprende y todo lo consigue con estas solas armas. Vosotros, segovianos ilustres, venturosas primicias de este glorioso apostolado; vosotros debierais reanimar vuestras cenizas, para instruir á vuestros nietos acerca de las virtudes que ennoblecieron al obispo que os abrió el camino para el Cielo.

No creais que vengo á reprender vuestra negligencia, ó á quejarme de vosotros por no habernos conservado esta preciosa historia: el tiempo, las guerras, las vicisitudes acaecidas en el largo periodo de diez y ocho siglos pudieron borrar, y borraron, efectivamente, la memoria que tanto gusto tendríais en trasmitir á la posteridad; pero puede aducirse en favor vuestro, que ninguna de aquellas causas ha podido acabar con todos los monumentos que vuestra piedad erigió para perpetuarla. Un templo, que nada presenta de recomendable



más que su remotísima antigüedad, y los escombros de otro, nos dicen con la mayor elocuencia: «Cuando en las otras provincias de España se veían precisados los cristianos á buscar un oscuro subterráneo, que les sirviese de asilo para ejercer las funciones del culto católico, el celo de Geroteo superó todos los obstáculos ó hizo que en Segovia se enarbolase el estandarte de la cruz, y se tributasen públicas adoraciones al Crucificado.» Cuando registrando las historias, vemos introducirse la herejía por otros pueblos, los segovianos dicen: «El celo de Geroteo consiguió que arraigara en este suelo la predicación evangélica, de suerte, que resistiese los ataques de todos sus enemigos.» Cuando recorridas las provincias de España, y viéndolas todas teñidas de sangre de los Segundos, Torcuatos, Indalecios, y demás fundadores de sus respectivas iglesias, vuelvo la vista á Segovia, y descubro que el anciano Geroteo baja en paz al sepulcro, se me figura ver escrito en la losa que le cubre el siguiente epitafio: «El celo de Geroteo, si no consiguió hacer abrazar á todos la religion de Jesucristo, hizo al ménos que la respetasen, sin que á pesar de su publicidad se atreviese nadie á perseguir á sus ministros.» Cuando admirados los segovianos de la protección especialísima que les dispensa la Madre del Señor, trabajan en vano para averiguar el tiempo en que colocó su iglesia bajo el escudo impenetrable de su patrocinio; y el origen que tuvieron los honores que se le tributan en los diferentes misterios que la Iglesia celebra, en la misma incertidumbre y en la práctica de un tiempo inmemorial, se me figura ver estampado con caracteres indelebiles: «El celo de Geroteo, que en compañía del apóstol presenció las señales nada equívocas de la Asunción gloriosa de María, enseñó á los segovianos unos misterios tan superiores á su comprensión; persuadiéndoles de ahí, que despues de Jesucristo no hay en el mundo santidad más completa, devoción más útil, intervención más eficaz que la de María.» Cuando veo la piedad tan sólida, la fé tan pura, la devoción tan general y constante, que han caracterizado en todos tiempos á los segovianos; cuando considero que les ha horrorizado siempre aún la más leve sospecha de herejía ó irreligion, paréceme que se me presentan reunidas todas las lenguas de los que habitaron y habitan aquella provincia para decir: «Este es el fruto del celo que inspiró el Apóstol á Geroteo, para promover entre nosotros la honra del Señor, plantar en nuestro suelo su religion, precavernos contra las astucias, y fortalecernos contra los furiosos ataques de los infieles, que el mismo Apóstol anunció procurarían destruir cuanto edificara su celo.»

Llegó este tiempo: la idolatría, el judaismo, la herejía les acomet-

tieron varias veces y por diversas partes; mas siempre fueron vigorosamente rechazados por los hijos de Geroteo, que conservaron con la mayor fidelidad el sagrado depósito de la religion que por éste se les habia confiado. El entero cumplimiento de aquel triste vaticinio estaba reservado para nuestros dias. La impiedad ha reemplazado á la superstición, y hecho los mayores esfuerzos para ver de arrancar la doctrina verdaderamente sana, hacer increíble la revelación, y abolir el culto del Crucificado. Y los hijos del gran Geroteo, ¿tendrán la debilidad de rendirse al más infame, al más débil, al más cruel de sus enemigos? ¿oscurecerán la gloria que adquirieron á su pueblo tantas victorias, conseguidas por sus piadosos predecesores, sobre unos enemigos mucho más temibles que los que en el dia los acometen? ¿Su cobardía, ó un grosero egoismo, convertirán en ignominia el honor de que goza Segovia por la pureza de su fé y por la constancia de tantos siglos? ¡Ah! no querrán turbar la paz en que descansan sus ilustres padres; no serán ménos fieles que ellos, y resonará mañana su nombre como el de aquellos al presente.

¡Celoso apóstol de Segovia! no deis al olvido la viña plantada por vuestra mano; defendedla constantemente. Defended tambien á vuestros devotos; premiad la piedad religiosa de los que os ofrecen estos cultos; emplead vuestro valimiento, é interceded con el Señor, para que nos dé la gracia de servirle y amarle en la tierra, y poder cantar las divinas alabanzas en vuestra compañía por los siglos de los siglos.

---

**San Gervasio y San Protasio; véase: San Protasio.**

---